

## CONFESIONES DE UNA GINECÓLOGA

A veces ser católico y tratar de estar a la altura de las enseñanzas morales de la Iglesia puede resultar un poco opresivo. Así es como me sentí cuando, en 1990, regresé a la Iglesia Católica. Había sido una larga ausencia para mí.

Aunque había crecido en una familia católica tradicional de los años cincuenta (seis niños, escuela parroquial, misa todos los domingos), yo había dejado la Iglesia a los 19 años siendo estudiante de pre-medicina, pensando que Dios era irrelevante a la ciencia que estaba empezando a estudiar y a la generación de "ahora" de la que yo formaba parte. Por unos cuantos años parecía que todo me iba muy bien sin Él. Me gradué de la Facultad de Medicina en la Universidad de Tennessee en 1966, hice el internado en Memphis, y salí a la Clínica Mayo para especializarme en obstetricia y ginecología. No sólo me sentía útil, sino que me consideraba una persona buena y dedicada. ¿Quién necesitaba a Dios o a esa arcaica Iglesia Católica?

En 1969, como residente de segundo año, fui enviada para seis meses de prácticas al Hospital de Cook County en Chicago. Por seis semanas fui asignada al ala llamada el ala de "Obstetricia Infecta". Con sorpresa, me encontré con que las 15 a 25 mujeres admitidas cada noche eran clientes recientes de las factorías de abortos clandestinas de Chicago. Llegaban a nuestra sala de emergencia sangrando, con fiebre alta, y, bajo examen físico, presentaban úteros ensanchados y temblorosos. Cada mañana el médico interno y yo teníamos que llevar a cabo otro procedimiento de dilatación y curetage (DAC) en ellas (dilatando el cérvix y el útero y luego haciendo vacío) para remover todo el tejido infectado que el "abortista" había dejado en el interior del útero, para que ellas pudieran recuperarse y regresar a casa.

Al final de la rotación de seis semanas, yo estaba indignada. Viendo aquello desde el punto de vista de una agnóstica, concluí que la legalización del aborto era la respuesta. Yo quería que la profesión médica empezara a ofrecer "procedimientos" seguros a las mujeres que los necesitaran. De este modo cuando en 1973 la decisión Roe vs. Wade del Tribunal Supremo legalizando el aborto en todos los Estados Unidos fue anunciada, me sentí feliz. La celebré saliendo a la calle y comprando una máquina de succión y empecé a ofrecerme para la realización de abortos de primer trimestre en mi propio dispensario.

Me trasladé a Jackson en 1975, sin pensar que Dios estaba poniendo en marcha acontecimientos que no sólo iban a sacarme del negocio del aborto sino que iban a tomar mi rebelde corazón "feminista" de vuelta a Él y a las maravillosas y no cambiantes verdades acerca de la vida y el amor preservadas en las enseñanzas católicas. Mi primer año en Jackson no reflejaba esa Providencia en ningún signo externo. Estaba casada, tenía tres niños pequeños, operaba en solitario en un establecimiento médico de obstetricia y ginecología, y estaba tratando de ajustarme a mi nuevo ambiente, lejos de mi familia y mis amigos. Ese mismo año se me acercó un grupo de "ciudadanos comprometidos" y clérigos (presumiblemente protestantes) para que les ayudara a poner en marcha la primera clínica abortista libre del estado. Acepté, y en el otoño de 1975 me convertí en directora de "Servicios de Salud para la Familia", clínica abortista que ofrecía realizar abortos por succión de primer trimestre del embarazo.

En enero de 1976 me encontraba extrañamente deprimida con mi "éxito" en la vida. Mi matrimonio parecía estable, a pesar de un procedimiento de esterilización al que me había sometido contra el deseo de mi marido. Mis hijos, de edades 5, 3, y 1, eran saludables y ruidosos. Mi práctica privada y la clínica abortista iban bien. Sin embargo, a pesar de todo ello, me encontré a mi misma debatiéndome entre pensamientos de suicidio. En busca de

una solución fui a la librería local donde finalmente me decidí por un libro sobre "El poder del pensamiento positivo", por el Dr. Norman Vincent Pale,..., y me agradó la lista de diez cosas para hacer al final del primer capítulo... Con cierta excitación seguí la lista de cosas a hacer, una por una hasta que llegué a la número 7, que me pedía recitar 10 veces al día la frase "Yo lo puedo todo en Cristo que me conforta" (Filipenses 4;13). Disgustada de haber tropezado con aquella "basura" religiosa, dejé el libro, y no leí más.

Quince años después y tras haber entrado en contacto con "Jackson Right to Life", la autora de este relato personal, fue recibida de nuevo en la fe de sus padres. Y su relato continúa:

Con la alegría y excitación de haber vuelto a los Sacramentos no había prestado atención a mi vida profesional. La primera semana que estuve de vuelta en mi despacho después de volver a casa empecé a ver a mis pacientes casados para los exámenes anuales y recetas de píldora y me di cuenta de que tenía una conversión final que hacer. Si yo iba a disfrutar de los beneficios del Catolicismo, también tenía que soportar las cargas. Volví a leer la "Humanae Vitae", con su llamada a los laicos católicos y a la gente de ciencia a promover la verdad moral de que hay un lazo inseparable, puesto por el Creador, entre los aspectos unitivo y procreativo del acto matrimonial. Esto llevaba consigo por mi parte el no participar de forma alguna en la prescripción de anticonceptivos o esterilizantes, y sí promover la Planificación Natural de la Familia (PNF). Afortunadamente recibí extraordinario apoyo del Centro de Planificación Natural del Hospital de Oales River, y de mis colegas médicos de mi propio despacho. No vino mal para ello que yo fuera el miembro más veterano del grupo.

¿Cómo resulta esto en una cultura predominantemente protestante? Muy bien. Después de treinta años de acceso ilimitado a los anticonceptivos y a la tecnología abortista, hombres y mujeres se están dando cuenta de las promesas vacías del "sexo libre" y se están empezando a esperar que ellos sean capaces de tener relaciones más plenas de sentido, incluso dentro del matrimonio. Puedo prometer honradamente a mis pacientes un matrimonio mejor si practican la PNF. Ello les ofrece eficacia, seguridad, y economía, y un notablemente bajo índice de divorcios. Los métodos modernos de PNF, que no deben confundirse con los viejos ritmos usando el calendario, tienen un índice de embarazos imprevistos superior al de la píldora anticonceptiva. En 1994 el "British Medical Journal" informó de un índice de embarazo imprevisto de 30 por 1000 mujeres para la píldora, y sólo 4 por 1000 mujeres para el método de PNF-Billings. A diferencia de los anticonceptivos orales, la PNF no produce coágulos de sangre, ni hipertensión, ni dolores de cabeza (migrañas), ni tumores de hígado, y es virtualmente gratis. Además el hecho de requerir el mutuo acuerdo de ambos, marido y mujer, promueve la virtud de la castidad marital, que es la fuerza de voluntad y el carácter requerido para poner nuestra capacidad sexual al servicio del amor genuino. Es cierto, la PNF requiere abstinencia periódica si se quieren espaciar los niños, pero todos sabemos que la abstinencia es una realidad en cualquier matrimonio. Las dificultades vendrán, pero también vendrá la gracia, la paz y entereza que experimento como PNF (y sólo como PNF) ginecóloga y obstetra es mi gracia regalo personal.

Beverly McMillan, M.D.,  
Jackson. Mississippi.  
Septiembre 2001